

# El efecto Jodorowsky

*Convertido en un verdadero mentolátum cultural, la presencia del artista en Chile convoca a burgueses, vagos y adoradores de toda especie.*

Roberto Brodsky

Algunos recordarán la venida de Superman a Chile, y más específicamente la escena en que fue llevado en andas por una muchedumbre delirante que, al ritmo de unos tambores que resonaban desde alguna parte, alzaba los brazos queriendo tocar al mítico hombre de la capa que hacía su entrada al garage de Matucana como una irrupción de fantasía en la plena tiniebla del underground. El efecto era de avasalladora irrealidad. Corría noviembre del año 87, y las amenazas de muerte contra un representativo grupo de actores y actrices nacionales había decidido a Superman a expresar su solidaridad en vivo y en directo, volando a Santiago en defensa de los buenos y justos y enfrentando con su sola presencia física a los pillos de la ciudad. Falto de locales donde recibirlo, el gremio del teatro llamó al pueblo de Santiago a recepcionar a Clark Kent en el local de Matucana, espacioso recinto de movidas nocturnas donde la juventud de los ochenta vaciaba sus noches entre alcohol y levantes, y que ahora servía de refugio de bienvenida ante la abultada presencia de kriptonita verde esparcida por las calles adyacentes.

Aunque más tarde el episodio fue superado tanto en lo inmediato como en lo que concernía a las amenazas, la memoria conservará quizá para siempre la expresión básicamente aterrada del super héroe de historietas cuando era ingresado en vilo, entre empujones, cachetazos y escupos, por una ansiosa masa de nativos que se arremolinaban al grito de "¡SU-PER-

MAN! ¡SU-PER-MAN!", mientras un corte en la energía eléctrica oscurecía completamente el local y la ancha quijada de Christopher Reeve empalidecía al sesgo de las primeras antorchas de papel. Tal fue la histeria del minuto, que el hombre debió pensar que allí mismo los indígenas lo cocinaban en una enorme marmita de Quinchamalí, entre alaridos inentendibles y sirenas de la policía surcando el espacio.

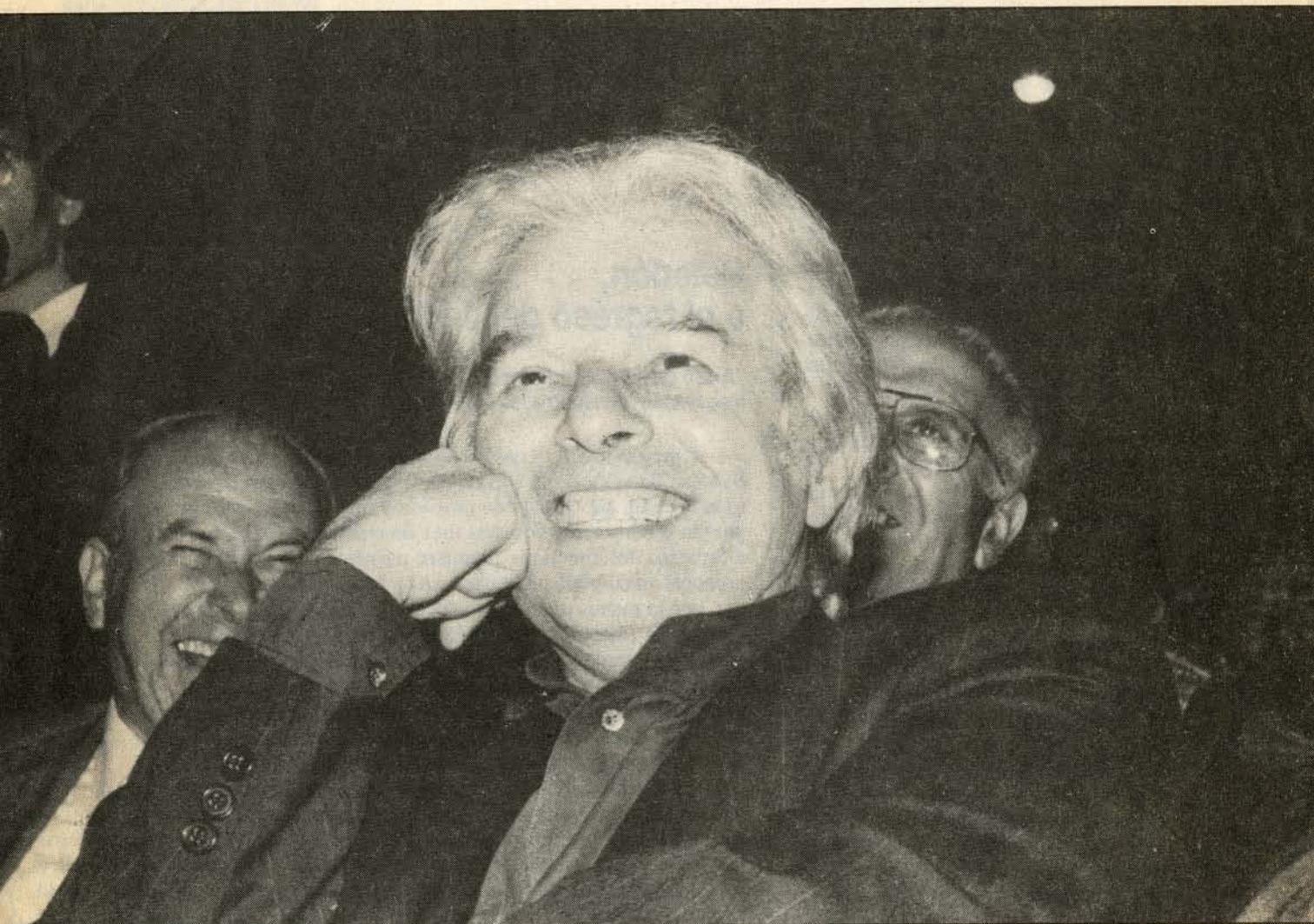
Eran otros tiempos, claro, y sin embargo algo parecido a esto es lo que ha venido ocurriendo desde el pasado lunes 18, cuando Alejandro Jodorowsky, chileno, ex mimo, ex actor, ex director de teatro, ex cómico y actual cineasta, novelista y autor de

comics, aparte de maestro cartomántico, pisó suelo nacional en el estrecho aeropuerto Merino Benítez. La pauta de lo que ocurriría con el correr de los días fue dada, en esta ocasión, por una joven calcetina cultural, quien allí mismo y armada de un micrófono y una cámara de video, se presentó portando ante el recién llegado un auténtico organillo nacional, de esos que atraen la atención de los peques en verano, para expresar de ese modo tan singular el cariño y devoción debidos al artista que ha triunfado en el extranjero. Jodorowsky, fuera del país durante casi cuarenta años -lo que en sí no constituye mérito, habida cuenta de que hay gente que no se ha movido de Chile en toda su vida- agradeció por su parte este primer gesto espontáneo con la misma duda melancólica con que Superman escuchó a los niños del arte cantarle *La cigarra* en señal de bienvenida. Después lo llevarían a la olla.

## FIEBRE RETROACTIVA

Acaso criollizando la expresión de artista multi-media, que en rigor no designa a un ser nacido con la capacidad de prestidigitar de la noche a la mañana cualquier instrumento expresivo, sino a aquel que con el tiempo ha llegado a dominar distintas técnicas, aplicándolas combinadamente sobre una única idea, Jodorowsky fue rápidamente asumido como el mentolátum cultural que sana a los mediocres, estimula a los creativos y sirve para la gimnasia de los rezagados, llevando el efecto Superman a cotas inexploradas de ridículo. Desde un bailarín sin zapatillas hasta un diseñador

“El efecto Jodorowsky es una actitud de adoración ante lo que sabemos que es bueno pero no sabemos lo que es



artificial, desde un cineasta que debutó hasta un novelista acabado, desde una cartomántica profesional hasta la señora inquieta por el futuro de sus gatos, todos sin excepción han querido sumarse activamente a la agenda del visitante. Su currículum, por lo demás, estimulaba la promiscuidad: los teatristas podían cogerlo por el lado de las obras pánico creadas junto a Arrabal y a Topor; los poetas por sus relaciones con Breton y, localmente, con la generación de los 50 (Parra, Lihn, Cassigoli); los cineastas por sus películas, desde *Fando y Lis* hasta *Perdido en la ciudad luz*, su último proyecto; los dibujantes y guionistas por su consabido éxito como autor de comics; los místicos por su escuela de tarot en Francia; los vagos por su leyenda de trotamundo loco; y todos, en general, por el lanzamiento de su novela, *El loro de siete lenguas*, por su amistad con Omar Shariff y

Peter O'Toole, o por el hecho de sentirse parte del universo a través de la figura de Jodorowsky.

De allí también la fiebre retroactiva de los medios de comunicación en relación a su visita, buscando acortar la enorme distancia que media entre la fama internacional del personaje y la ignorancia local por su obra.

Al respecto, baste citar, entre las muchas entrevistas publicadas en la prensa, la realizada por René Naranjo, del grupo de críticos neo regionalistas, cuando en una extensa pregunta dio muestras de estar más a caballo que cualquier otro chileno medio:

"Te aclaro", le decía René a Alejandro, "que sólo he visto *El topo*, *Santa sangre* y *El ladrón del arco iris*, pero la verdad creo que nada tienen que ver con el surrealismo. Al contrario, diría que son muy realistas, por ejemplo esa escena de *Santa sangre* en la que el personaje se saca la

oreja...". Hasta allí la pregunta. Jodorowsky, consciente de la nula distribución de sus películas en Chile se limitó a responder que sí, que era cierto.

Otra fórmula, menos alambicada, ha sido la de echar mano a la estrategia del envase sellado: Alejandro Jodorowsky, hijo de padres rusos, abandonó Chile a los 22 años para estudiar pantomima en París, etcétera, etcétera, convirtiéndolo de hecho en un objeto de culto para ser consumido rápida y vorazmente, tal como lo presentó el suplemento *Wikén* bajo el título de "El chileno más cult".

#### EL VERDADERO MAMUT DE LAS INDIAS

Si ayer fue en la Plaza del Mulato Gil, donde Lafourcade ofició de maestro de ceremonias en un espectáculo que algunos calificaron de vergonzoso, otros de lamentable y los menos de entretenido, mañana será en

radio *Beethoven* junto a Andrés Pérez y Nicanor Parra, o en el programa *Exito*, donde ya fue presentado y, al parecer, podría regresar este lunes para una sesión de tarot. Páginas sociales, entrevistas en los diarios, horas y horas de grabación para distintos programas de televisión, un taller de comic y otro de cartas para esta semana, una cena con los cineastas y otra con los editores, son todas actividades que ilustran el efecto Jodorowsky como una actitud de adoración ante lo que sabemos que es bueno pero no sabemos lo que es.

No se trata, por cierto, todavía de reducir la importancia o el talento de Jodorowsky, quien al respecto, y tal como comentó a HOY, ya era famoso antes de salir al mundo. Si la impresión que va dejando su visita es la de tener finalmente al verdadero y original mamut de las Indias entre nosotros, ello no es responsabilidad del paquidermo, sino de los retratos hablados, fotocopias, reproducciones y afiches que se distribuyen entre el gentío apiñado a la entrada del zoológico.

Detrás de ello late la hambruna, sin duda, junto a las renovadas ansias de meter al personaje en una olla a presión. Pero también y por sobre todo un gran terror cultural a perderse algo de lo cual más tarde podríamos arrepentirnos.

Así, no importando que sus películas no hayan sido exhibidas, ni sus libros editados, ni su teatro divulgado, ni sus comics reproducidos, basta saber que la virtualidad del personaje Jodorowsky se anuncia en cuerpo presente para no dejar pasar la sensación de que también los chilenos podemos llegar a tocar el cielo con las manos. El efecto va más allá de la avasalladora irrealidad que nos dejara Superman en el garage de Matucana, incrementando en este caso la sensación de artificio nacional. Cuando el próximo día 17 Jodorowsky retorne a París, lo más probable es que se haga carne entre todos la pregunta que un ejecutivo de TVN hiciera ante la proposición de grabar una nota con el artista: "Jodorowsky...¿Y quién es Jodorowsky?".

Para entonces, y a este paso, no sería raro que alguien le respondiera que no existe ningún real con ese apellido, y que más bien se trata de un nuevo título de comic para adultos. ●